

POL CASTELLANOS

La asesina de Venecia

TRADUCCIÓN DE PALMIRA FEIXAS



Nada permitía prever que aquella noche alguien iba a morir asesinado.

Cuando la criada tiró del cordón, el corsé le apretó el pecho a Carla, que por poco se ahoga. Después, al verse con el vestido, resopló. No soportaba las fiestas de su padre. Y menos aún la de Carnaval.

Alguien llamó a la puerta y Carla se dio la vuelta de golpe. En el umbral había un hombre con una máscara negra. Se la quitó y ella lo reconoció.

—¡Vaya susto me has dado, Alessio!

—Deberías ir bajando —le dijo él—. Ya están llegando.

—Dile a papá que es la última vez que me pongo un vestido así.

—Cumple con tu deber y no te quejes. Esta noche hay invitados importantes...

—¿Otra vez con misterios?

Alessio no contestó y cerró la puerta de golpe.

Carla no aguantaba a su hermano; menos aún desde que se había hecho tan mayor como para marcharse de casa. Ya tenía veintidós años y solo iba de visita de vez en cuando. Sin embargo, Carla sentía que aún podía confiar en él. De su padre, en cambio, no podía decir lo mismo.

La criada le puso una peluca de plumas blancas y le tendió un espejo. Carla se la quitó enseguida y soltó su melena negra. Se observó la cara, de un tono tostado, color almendra, no como la de su hermano y su padre, con quienes solo compartía la peca junto a los labios.

Le encantaba su tono de piel, oscuro. También su pelo, largo y negro. Y el hecho de que últimamente se hubiera vuelto más alta y flaca. En unos meses cumpliría catorce años, pero seguía sintiéndose una niña. Le gustaba ir por libre, con ropa cómoda como los pantalones viejos de su hermano mayor, que se ponía a pesar de las reticencias de su padre.

Con todo, aquella noche era Carnaval. Eligió un sombrero negro y una máscara blanca. Lo único bueno del disfraz era que, por lo menos, pasaría desapercibida.

En el piso de abajo, un centenar de invitados, disfrazados y enmascarados, se congregaban en el salón de baile, reflejados hasta el infinito por el juego de espejos de las paredes. Algunos bailaban un vals y la mayoría charlaban con una copa en la mano bajo una nube de humo. Parecía el siglo xvii, no 1914.

Carla pasó de largo del salón y salió al patio de la entrada. Los invitados iban llegando al *palazzo* a través de la entrada arqueada del muelle. Ese era el problema de la isla delle Croce, que todo el mundo tenía que ir en barca y el *vaporetto* no pasaba por allí. Sin embargo, no podía

quejarse: su familia era la única que poseía una isla particular en la laguna de Venecia.

Saludó a Alessio, que acompañaba a un hombre de la iglesia con una sotana negra y una máscara. Alessio le indicó dónde estaba el muelle, cogió una copa de la bandeja de un camarero y se acercó a Carla.

—Ese es el arzobispo de Treviso —le dijo mientras se quitaba la máscara para ver mejor—. Hoy no falta nadie.

—¡Qué pereza, Alessio! —exclamó Carla—. No soporto estas fiestas. ¿Por qué tenemos que celebrar el Carnaval, si el ayuntamiento lo ha prohibido?

—Lo ha prohibido en las calles, pero aquí estamos a salvo. Además, el alcalde de Venecia es uno de los invitados. Y no es el más importante de todos...

—Entonces, ¿quién es? ¿Por qué no hablas claro?

Alessio condujo a Carla hacia la penumbra del patio, lejos de las miradas.

—Algunos de los invitados de esta noche son del máximo nivel —anunció.

—¿Del máximo nivel? ¿Qué significa eso?

—Pues de la Casa Real de Italia.

Carla abrió los ojos como platos, pero por detrás de la máscara, así que Alessio no se dio cuenta.

—Y no solo de la Casa Real —añadió él—. También del Gobierno y de la Iglesia. Los disfraces son la excusa perfecta para que todo el mundo pueda discutir discretamente.

—¿Discutir el qué?

Alessio suspiró; dudaba si debía seguir hablando.

—Austria-Hungría tiene algunas tierras que Italia quiere recuperar. Si hay una guerra, habrá que repartir el nuevo territorio. Eso es lo que se va a discutir esta noche.

—¿Una guerra?

—Sí. Y padre también tiene sus intereses. Somos una de las pocas familias fundadoras de la República de Venecia: nos corresponde defender nuestro legado.

—Me da igual nuestro legado. Lo único que quiero es irme a la cama.

—¿Puedes hacer el favor de tener los pies en el suelo, Carla? No puedes pasarte la vida eludiendo tus responsabilidades. Ya eres mayorcita para saber que no has nacido en una familia cualquiera. Algún día tendremos que buscar un heredero de buena familia con el que casarte.

Carla fingió que le daban arcadas.

—No quiero ni oír hablar de eso.

Alessio negó con la cabeza.

—A este paso vas a conseguir que padre te desherede y te eche de casa.

—Me encan...

De repente, Carla vio borroso a Alessio. Cerró y abrió los párpados, pero cada vez veía peor, como si una niebla muy densa hubiera cubierto el patio del *palazzo*. Se quitó la máscara y se frotó los ojos. Entonces aparecieron unas chiribitas que chisporroteaban ante ella. Enseguida se dio cuenta de qué le ocurría.

—Carla, ¿te encuentras bien? —le preguntó Alessio.

—Es una de mis visiones...

—¿Qué?

Al momento, un calor muy fuerte se esparció por todo el cuerpo de la chica. Notó que la piel le ardía y pegó un grito.

—¡Carla! —La voz de Alessio sonó distante.

Perdió el equilibrio y se cayó al suelo. Le dolía la piel como si la rodearan llamas. De golpe, el ardor se volvió frío como el hielo. Y perdió el conocimiento.

Le dio la sensación de que se caía, se caía, se caía, hasta que impactó contra la superficie del mar. Sí. Era una de sus visiones extrañas, que tenía desde pequeña.

En su cabeza, flotaba en aquel mar negro. Alzó la vista y distinguió un muelle. Era el muelle de la isla. Encima, un hombre se balanceaba como si estuviera mareado. Llevaba un disfraz oscuro. La máscara le cubría el rostro. Se sujetaba el cuello con las manos enguantadas y la sangre le caía por la tela. Tenía un tajo en el cuello.

¿Acaso era... una premonición?

En la visión, Carla consiguió nadar hasta el muelle. Quizá pudiera ayudarlo... No llegó a tiempo. El hombre se desplomó sobre las olas y se quedó flotando. Carla se acercó a él lo suficiente para ver que tenía una marca en la nuca. Parecía hecha con un cuchillo, pero entre la sangre y las olas no la distinguió.

Estaba muerto.

Carla alargó el brazo para darle la vuelta al cadáver, pero en ese momento volvió a notar un frío muy intenso y se detuvo. El frío se convirtió en un ardor de llamas.

Soltó un grito y abrió los ojos de golpe.

Se encontró tumbada en el suelo del patio, jadeando y sudada. Tenía a Alessio enfrente, que la abanicaba con la mano.

—¡Carla! ¿Me oyes? ¿Qué te ha pasado?

Alessio la incorporó mientras ella intentaba recobrar el aliento. Comprobó que volvía a ver bien. Algunos invitados se habían detenido un poco más lejos y los observaban algo preocupados.

—He tenido una visión... Creo... Creo que era una premonición.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—¿Te acuerdas de las visiones que tenía de más pequeña?

—dijo Carla—. Últimamente tengo una cada pocos meses.

—¿Esas visiones que tenías en la escuela? ¿Todavía las tienes?

—Sí. Y cada vez estoy más segura de que son... premonitorias.

Alessio la observaba con escepticismo.

—¿Quieres decir... que ves el futuro?

Carla asintió.

—Y siempre se cumplen, Alessio. Hace unos meses, preví un accidente en la cocina del *palazzo*. Y al cabo de un rato, hubo un incendio que hirió al cocinero. Yo ya lo había visto en mi cabeza.

—¿Se lo has contado a padre?

—¿Estás loco? Padre me castigaría si lo supiera.

Él negó con la cabeza. Habían llamado la atención de algunos invitados, y Alessio simplemente les dijo que su hermana se había mareado. Se volvió de nuevo hacia ella.

—¿Qué has visto esta vez?

Carla lo miró, preocupada.

—Alessio... Tengo miedo. Creo que he visto... que alguien va a morir. Será esta noche, en el muelle. Y creo que será un asesinato.

Él frunció el ceño, confuso.

—¿Estás segura? ¿Un asesinato?

—Sí. Tenía un tajo en el cuello y una marca en la nuca. Alguien atacará a un invitado, seguramente con un cuchillo. He visto que se balanceaba en el muelle y luego se caía al agua muerto. Estoy segura: alguien matará a un invitado.

—¿Has visto quién era la víctima?

—Era un hombre. E iba disfrazado con un traje de color negro.

Alessio dirigió la mirada hacia el patio. Había varios grupos de invitados charlando en la otra punta. Por el acceso del muelle no venía nadie.

—Mierda —dijo—. Hay muchos hombres vestidos de negro esta noche. ¿Tienes alguna otra pista?

—No. Y, de todas formas, no creo que podamos hacer nada. Las premoniciones siempre se cumplen.

Alessio se frotó la cabeza, preocupado.

—Carla, yo te creo. Pero lo que dices es muy grave y no podemos quedarnos de brazos cruzados. Tenemos que avisar a padre.

—¿A padre? No. Ni se te ocurra. Dice que me encerrará en un hospicio de niños pobres si vuelvo a hablarle de mis visiones.

—Le daremos la información sin revelarle de dónde la hemos sacado.

Carla echó un vistazo a su alrededor, pensativa.

—¿Quién crees que querría cometer un crimen esta noche, Alessio?

—¿Con todo lo que está en juego? —preguntó él, riéndose entre dientes—. La pregunta es quién no lo haría.

—Eh, vosotros dos, ¿dónde os habíais metido?

Por la entrada del muelle, vieron llegar a su padre, el señor Herzog.

Su padre no iba solo. Lo acompañaba un hombre muy serio que no llevaba ningún disfraz. En su lugar, se había vestido de manera elegante y muy discreta, con una levita y un sombrero bombín.

—Venid aquí los dos —ordenó el señor Herzog.

Carla y Alessio se acercaron a él, en medio del patio. Su padre tenía una máscara de pico en la mano y le dio un trago a una copa. Carla se tapó la nariz. Detestaba ese perfume tan intenso de su padre. Y también detestaba cómo se peinaba el pelo hacia atrás y cómo se afeitaba con pulcritud; debía hacerlo dos veces al día para tener la cara siempre impecable.

—Comisario, le presento a mi hijo Alessio —dijo el señor Herzog—. Alessio, él es el comisario Fuschino, el jefe de la Policía de Venecia. Es el encargado de que la velada transcurra sin incidentes.

Alessio le dio un apretón de manos. El comisario Fuschino tenía unos cincuenta años, como el señor Herzog, pero era más alto y corpulento que él. Lucía unas patillas como patas de cordero, unidas por un bigote fino. Lo miraba todo con el ceño fruncido y los ojos muy abiertos.

—Mi hijo está haciendo una buena carrera militar —prosiguió—. Y pronto llegará más lejos cuando ascienda a la Unidad de Inteligencia del Ejército Real.

No parecía que esas palabras hubieran suscitado el menor interés en el comisario Fuschino. En todo caso, los tres charlaban como si Carla no estuviera presente.

—Padre —dijo de repente Alessio—, ¿podríamos hablar un momento en privado?

Su padre le dedicó una mirada sospechosa.

—Es un asunto urgente sobre la fiesta —se justificó Alessio.

—Si es tan urgente, seguro que al comisario le va a interesar saberlo.

El comisario le clavó la mirada a Alessio. Él se volvió hacia Carla, que negó con la cabeza. No deberían haber dicho nada; ahora podrían meterse en líos.

—Me ha llegado una información muy grave —dijo Alessio, al fin—. No quiero crear un pánico innecesario, pero parece que alguien podría estar... planeando un asesinato.

Fuschino abrió los ojos como un loco.

—Pero ¿qué dices, jovenzuelo? ¿De dónde has sacado ese disparate?

—Lo siento, comisario. No puedo revelarle mis fuentes.

En un arranque de ira, Fuschino agarró a Alessio por el cuello del disfraz.

—¿Estás poniendo en duda la seguridad de la isla? ¿Te das de listillo conmigo?

El ataque súbito de Fuschino llamó la atención de una mujer, con un vestido de plumas muy ostentoso, que estaba charlando con un grupo de invitados.

—Calma, señores —dijo el señor Herzog, interponiéndose entre los dos—. Alessio, si quieres que el comisario y yo te ayudemos, tendrás que darnos alguna pista más.

Alessio dudó un instante.

—He actuado al servicio del país al revelar esta información. Habría que suspender la fiesta, pero no soy yo quien toma las decisiones. Eso le corresponde a usted, comisario.

Fuschino se abalanzó sobre él y el señor Herzog tuvo que detenerlo.

—¡Nadie puede poner en duda mi trabajo! —exclamó Fuschino señalando a Alessio—. ¿Te crees que así vas a hacer carrera, chico? ¡Me da igual de quién seas hijo!

—¡Un invitado va a morir en el muelle! —dijo Carla de golpe.

Los tres la miraron.

—Venimos del muelle —dijo Fuschino—. El arzobispo también estaba ahí. Se ha quedado solo.

—El arzobispo —exclamó Carla, sorprendida—. ¡Es él! ¡Quizá lo estén atacando ahora mismo!

—Carla, silencio —dijo su padre, muy serio.

Sin embargo, el comisario le clavó la mirada y examinó el acceso del muelle. No había nadie. La mujer disfrazada con plumas se les acercó.

—¿Qué escándalo es este?

—Marquesa Boccuzzi —le dijo el señor Herzog mientras se agachaba y le besaba la mano—. No sufra, disfrute de la fiesta.

—¿Esta chica ha dicho que iba a morir un invitado en el muelle? —dijo ella.

—¿Cómo conoce esa información, señorita? —preguntó Fuschino, mirando a Carla.

Carla sintió la mirada de todos ellos. Su padre rechinaba los dientes, enfadado, y negó con la cabeza.

—Lo he visto.

—¿Lo has visto? —dijo la marquesa—. ¿Qué significa que lo has visto?

—En mi cabeza.

—Basta —dijo su padre—. Carla, vete a tu cuarto.

Fuschino la miraba con suspicacia.

—¿Se puede saber qué ocurre, señor Herzog? —le dijo al padre de Carla.

El señor Herzog sonrió amablemente a todo el mundo.

—Por favor, disculpen el malentendido. Mi hija está mal de la cabeza. Su hermano es muy bueno con ella, pero no debería seguirle el juego así.

—No estoy mal de la cabeza, padre. He visto que moriría un invitado en el muelle. Y eso es lo que va a pasar.

Su padre le clavó una mirada rebosante de ira.

—Alessio, llévate a tu hermana a su cuarto y asegúrate de que no salga en toda la fiesta.

—Vamos, Carla, vámonos —dijo Alessio mientras la agarraba del brazo.

Carla se zafó enseguida.

—¡No miento!

Todos la miraban sorprendidos.

De repente, se oyó un grito.

Permanecieron en silencio. Había sido un grito de pánico, que había sonado por encima de las conversaciones y las risas, y se había oído perfectamente.

Venía del muelle.

Todos se miraron. Hubo otro grito. De repente, el comisario echó a correr hacia el muelle. Todos lo siguieron.

La multitud de invitados se congregó en el portal arqueado del muelle principal y Carla se quedó detrás, junto a Alessio.

—Hemos llegado tarde.

—Vamos, Carla. Tengo que llevarte a tu cuarto.

Ella se escabulló de su hermano y se metió entre el gentío de invitados curiosos.

—¡Carla!

Como era flaca, logró colarse entre la gente. Llegó hasta el muelle. Había un agente haciendo lo imposible por echar a todo el mundo, pero había dejado pasar a su padre y al comisario Fuschino.

—Tú, quieta ahí —le dijo a Carla su padre.

Se quedó inmóvil bajo el arco de acceso. Desde allí, lo vio.

Cerca del muelle, a la luz del quinqué de un policía, un cuerpo inerte flotaba en la superficie con una marca ensangrentada en la nuca.

La premonición se había cumplido.

Fuschino sacó el cadáver del agua y Carla comprobó que era el arzobispo. La gente empezó a susurrar a su alrededor, inquieta. El señor Herzog observaba el cadáver, negando con la cabeza. Echó un vistazo a su alrededor y se topó con los ojos de su hija. La miró, pálido, asustado.

«Me cree», pensó Carla.

De repente, los ojos de su padre se abrieron de par en par, rebosantes de furia, como si se hubiera vuelto loco. Y, en ese momento, Carla pensó que tal vez habría sido mejor que jamás la hubiera creído. Solo de pensar en la que iba a caerle, un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.